

Lazarillo de Tormes

Anónimo

Introducción y adaptación
de Leticia Oyola



TRATADO PRIMERO

CUENTA LÁZARO SU VIDA Y DE QUIÉN FUE HIJO

Pues sepa vuestra merced, antes de nada, que a mí me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, de donde tomé el sobrenombre, y sucedió así: mi padre, que Dios perdone, se encargaba de abastecer de grano una aceña⁵ que está en la ribera de aquel río, en la cual fue molinero durante más de quince años; y una noche que estaba mi madre en la aceña, preñada de mí, se puso de parto y me parió allí; de manera que puedo decir que en verdad nací en el río.

Siendo yo un niño de ocho años, acusaron a mi padre de rajar los sacos de quienes iban allí

5. Molino de harina ubicado en el cauce de un río y movido por el agua.

a moler, por lo cual fue apresado, y confesó y no negó, y se vio perseguido por la justicia. Espero que Dios lo tenga en su gloria, pues el Evangelio a estos los llama «bienaventurados».

En esas fechas, se hizo una expedición contra los moros en la que participó mi padre, que entonces estaba desterrado por el desastre ya dicho, como encargado de cuidar las mulas de carga de un caballero que allá se fue; y con su señor, como leal criado, acabó su vida.

Mi viuda madre, como se quedó sin marido y sin ninguna protección, decidió arrimarse a los buenos, para ser una de ellos, y se fue a vivir a la ciudad y alquiló una casilla, y se puso a cocinar para algunos estudiantes y a lavarles la ropa a ciertos mozos de caballos del comendador⁶ de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Allí conoció a un hombre moreno de los que cuidaban las bestias. Este algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana siguiente; otras veces, llegaba a la puerta de día con la disculpa de comprar huevos y entraba en casa. A mí, al

6. Miembro de una orden militar o religiosa que ejerce como autoridad sobre una casa o convento y su distrito.

principio, me daba miedo y sentía gran pesadumbre al ver el color y el mal gesto que tenía; pero, cuando vi que con su venida mejoraba el comer, lo fui queriendo más, porque siempre traía pan, pedazos de carne y, en el invierno, leña, con la que nos calentábamos.

De manera que, mantenidos en el tiempo tanto el alojamiento como la conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, con el que yo jugaba y al que ayudaba a arropar. Y recuerdo que, estando el negro de mi padraastro jugueteando con el mozuelo, como el niño nos veía a mi madre y a mí blancos y a él no, con miedo, huyó de él hacia mi madre y, señalándolo con el dedo, dijo:

—¡Madre, coco!

Él respondió riendo:

—¡Hideputa!

Yo, aunque era bien pequeño, me percaté de aquella palabra de mi hermanico y me dije: «¡Cuántas personas habrá en el mundo que huyan de otras porque no se han visto a sí mismas!».

Nuestra mala suerte quiso que el mayordomo⁷ se enterara de la relación de mi madre con el

7. Oficial que desempeñaba las labores de administrador y representante del comendador.

Zaide, que así se llamaba; y, tras investigar, se descubrió que robaba un cuarto de la cebada que le daban para las bestias y que inventaba que había desaparecido pienso, leña, almohazas,⁸ paños y las mantas y las sábanas de los caballos; y, cuando no tenía otra cosa, les quitaba a las bestias las herraduras y con todo eso ayudaba a mi madre a criar a mi hermanico. No debe extrañarnos, por tanto, que un cura robe a los pobres o que un fraile lo haga en su propia casa para mantener a sus devotas, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto mismo.

Y se demostró lo que digo, e incluso más, porque a mí, con amenazas, me preguntaban y, como niño que era, respondía con miedo y contaba todo lo que sabía: incluso que, por mandato de mi madre, vendí ciertas herraduras a un herrero. Azotaron al pobre de mi padrastro y le echaron grasa hirviendo, derretida, en las heridas, y a mi madre le impusieron por castigo, además de los habituales cien azotes, que no entrase en casa del

8. Una almohaza es un instrumento formado por un mango de madera o metal y unas ruedecillas metálicas con bordes serrados que se utiliza para limpiar a los caballos. Se le llama también *rasqueta* y se sigue utilizando en la actualidad.

susodicho comendador ni acogiese en la suya al lastimado Zaide.

Para no tirarlo todo por la borda, la pobre sacó el ánimo suficiente y cumplió la sentencia. Y, para evitar más peligros y alejarse de las malas lenguas, se fue a servir a los que vivían en el mesón de la Solana; y allí, padeciendo mil incomodidades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo andar, y yo hasta que fui un buen mozuelo, que iba a llevarles a los huéspedes vino, velas y todo lo que me pedían.

En aquel tiempo, vino al mesón un ciego a quien le pareció que yo sería un buen guía.⁹ Lo habló con mi madre y ella me entregó a él y le dijo que yo era hijo de un buen hombre que había muerto en la de los Gelves¹⁰ por defender la fe, que ella confiaba en Dios que no saldría peor hombre

9. Conviene recordar que la palabra *lazarillo* significa, según el *Diccionario de la lengua española*, ‘persona que guía y dirige a un ciego’. Precisamente, surgió del nombre del protagonista de este libro. En la actualidad, también se utiliza para denominar a los perros que sirven de guía a personas invidentes.

10. Se refiere a una de las dos expediciones militares españolas que se llevaron a cabo en Los Gelves (isla de Yerba, en Túnez), una en 1510 y la otra en 1520.

que mi padre y que le rogaba que me tratase bien y cuidara de mí, pues yo era huérfano. Él respondió que así lo haría y que me recibía no como mozo, sino como hijo. Y así empecé a servir y a guiar a mi nuevo y viejo amo.

Tras estar en Salamanca algunos días y comprobar que las ganancias le parecían escasas, decidió irse de allí. Cuando tuvimos que partir, yo fui a ver a mi madre y, ambos llorando, me dio su bendición y me dijo:

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura ser bueno, y que Dios te guíe. Te he criado y te he puesto un buen amo: válete por ti mismo.

Y así me fui con mi amo, que me estaba esperando.

Salimos de Salamanca y, al llegar al puente, en cuya entrada hay un animal de piedra que casi tiene forma de toro, el ciego me mandó que me acercase al animal y allí me dijo:

—Lázaro, acerca la oreja a este toro y oirás gran ruido dentro de él.

Yo, ingenuamente, me acerqué creyendo que sería así y, cuando notó que tenía la cabeza junto a la piedra, afianzó con fuerza la mano y me dio un gran cabezazo contra el endiablado toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y me dijo:

—Necio, aprende, que el mozo del ciego tiene que saber algo más que el diablo. —Y rio mucho la gracia.

Me pareció que en aquel instante desperté de la inocencia en la que, como niño, dormía, y me dije: «Lo que dice este es verdad y me conviene abrir los ojos y estar atento, pues estoy solo y debo pensar en cómo valirme por mí mismo».

Comenzamos nuestro camino y en muy pocos días me mostró jerigonza;¹¹ y, como me veía un gran ingenio, se alegraba mucho y me decía:

—Yo ni oro ni plata te puedo dar, pero sí muchos consejos para vivir.

Y fue así que, después de Dios, él me dio la vida, y, aun siendo ciego, me alumbró y me adiestró para la carrera de la vida.

Me recreo en contarle a vuestra merced estas niñerías para mostrarle cuánta virtud tienen los hombres que ascienden tras haber estado abajo y cuánto vicio los que bajan habiendo estado arriba.

Pues, volviendo al bueno de mi ciego y contando sus cosas, sepa vuestra merced que, desde que

11. Lenguaje especial que se hablaba en algunos gremios.

En este caso, el lenguaje de los ciegos vagabundos, que se caracterizaba por el mal gusto.

Dios creó el mundo, no hubo nadie más astuto y sagaz. En su oficio era un águila: se sabía de carrerilla ciento y pico oraciones;¹² tenía un tono bajo, reposado y muy sonoro que hacía resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que mostraba una buena apariencia cuando rezaba, sin hacer gestos ni muecas con boca ni ojos como otros suelen hacer. Además de esto, tenía otras mil formas y maneras de conseguir dinero. Decía que sabía oraciones para muchos y diversos propósitos: para mujeres que no parían; para las que estaban de parto; para que a las que vivían en un matrimonio infeliz sus maridos las quisieran. Echaba pronósticos a las preñadas: si traían hijo o hija. Pues, en cuestiones médicas, decía que Galeno¹³ no supo ni la mitad que él para tratar las muelas, los desmayos o los problemas de la matriz. En definitiva, que cuando alguien le decía padecer algo, él le respondía: «Haced esto, haced esto otro, coged tal hierba, tomad tal raíz». Por eso todo el mundo andaba tras él, especialmente las mujeres, que se creían todo lo que les decía. De estas sacaba él

12. Se refiere aquí a rezos y plegarias.

13. Médico y filósofo griego de la Antigüedad, de enorme influencia en los siglos posteriores.

grandes beneficios con las artes que digo y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.

Pero también quiero que sepa vuestra merced que, a pesar de todo lo que obtenía y tenía, jamás vi a un hombre tan avaricioso y mezquino; tanto que me mataba a mí de hambre y no me daba de comer ni la mitad de lo necesario. Digo la verdad: si con mi habilidad y mis artimañas no lo hubiera sabido remediar, muchas veces me habría muerto de hambre; pero, a pesar de todo su saber y astucia, yo le embaucaba de tal modo que siempre, o la mayoría de las veces, me quedaba con lo mejor. Para esto, le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas fueron beneficiosas para mí.

Él llevaba el pan y todas las otras cosas en un saco de algodón cuya boca se cerraba con una argolla de hierro, un candado y su llave, y, al meter y sacar las cosas, lo hacía contándolas una a una y con tal vigilancia que no había nadie en el mundo que pudiera robarle una sola migaja. Pero yo me tomaba en dos bocados aquella miseria que él me daba y, en cuanto cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entretenido con otras cosas, por una abertura en la costura, que yo muchas veces descosía y volvía a coser, sangraba el avariento saco y sacaba no ya solo migas de pan,

sino buenos pedazos, torreznos y longaniza. Y así, buscaba el momento justo para volver a hacerlo, no por repetir la jugada, sino por el hambre endiablada a la que me sometía el ciego.

Todo lo que yo podía sisar y hurtar lo cambiaba en medias blancas;¹⁴ así, cuando le mandaban rezar y le daban blancas,¹⁵ como él carecía de vista, en cuanto alguien hacía el gesto de acercarse para darle una blanca, yo ya llevaba una media metida en la boca y, fingiendo besarle la mano, le cambiaba la moneda. Así, aunque el ciego tendiera la mano muy rápido, lo que recibía ya era la mitad de lo esperado. El maldito ciego se me quejaba, porque, al tacto, se daba cuenta luego de que no era una blanca entera, y decía:

—¿Qué diablos es esto, que desde que estás conmigo no me dan más que medias blancas, cuando antes me pagaban muchas veces una blanca y hasta un maravedí?¹⁶ ¡Tú debes ser el responsable!

También él acortaba los rezos y no acababa ni la mitad de la oración, porque me tenía mandado

14. Antigua moneda castellana sin apenas valor. Dos medias blancas equivalían a una blanca.

15. Antigua moneda castellana que valía medio maravedí.

16. Antigua moneda española que tuvo distintos valores. En la época del *Lazarillo*, equivalía a dos blancas.

que, cuando se fuera quien se la había mandado rezar, le avisase tirándole de la capa. Yo así lo hacía. Y luego él volvía a dar voces, diciendo: «¿Mandan rezar tal y tal oración?», como suelen decir los ciegos.

Solía poner a su lado un jarrillo de vino cuando comíamos. Yo lo asía muy rápido y le daba un par de sorbos en silencio y lo volvía a poner en su sitio. Pero eso me duró poco, porque en los tragos notaba la falta de vino, y, por mantenerlo a salvo, no volvió a descuidar el jarro y lo sostenía agarrado por el asa. Pero no había imán que atrajese el vino tanto como yo, que metía en la boca del jarro una paja larga de centeno, que había hecho solo para eso, y chupaba todo el vino hasta que no quedaba ni gota. Pero, como el traidor era tan astuto, creo que se dio cuenta y, a partir de ahí, cambió de táctica y colocaba su jarro entre las piernas, lo tapaba con la mano y así bebía seguro.

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él; y, al ver que aquel sistema de la paja ya no me servía, decidí hacer en el fondo del jarro un agujerito y taparlo, delicadamente, con un pedacito de cera; y, en el momento de comer, fingiendo tener frío, me metía entre las piernas del triste ciego a calentarme ante la pobrecilla lumbre que teníamos; y, al calor de esta, se derretía la escasa cera y comenzaba

la fuentecilla a rezumarme en la boca, la cual yo ponía de tal manera que ni una maldita gota se perdía. Cuando el pobre hombre iba a beber, no hallaba nada. Se espantaba, maldecía, mandaba al diablo el jarro y el vino, sin saber qué sucedía.

—No diréis, tío,¹⁷ que me lo bebo yo —decía—, pues no lo soltáis.

Le dio tantas vueltas al jarro y lo palpó tanto que halló la fuente y cayó en la cuenta de la burla, pero disimuló como si no se hubiera enterado. Y al día siguiente, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, sin pensar en el daño que me estaba preparando ni en que el maldito ciego se había dado cuenta, me senté como solía. Cuando estaba recibiendo aquellos dulces tragos, con la cara elevada hacia el cielo y los ojos un poco cerrados para saborear mejor el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que era el momento de vengarse y, con toda su fuerza, alzando con las dos manos aquel dulce y amargo jarro, lo dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, de todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada se

17. Tratamiento de respeto y afecto que se daba a las personas mayores con independencia de que fueran o no parte de la familia.

percataba, estaba tan tranquilo y descuidado que verdaderamente le pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, se le había caído encima.

Fue tan fuerte el golpecillo que me aturdió e hizo que me desmayara, y fue tan grande el jarrazo que los trozos se me clavarón en la cara y me rompieron la piel por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales sigo hoy.

Desde aquel momento, le deseé el mal al mal ciego y, aunque me quería y me contentaba y me curaba, bien vi que había disfrutado con el cruel castigo. Me lavó con vino las heridas que con los pedazos del jarro me había hecho y, sonriéndose, dijo:

—¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud.

Y otras ocurrencias que para mí no lo eran.

Cuando estuve medio curado de los moratones, pensé que, con pocos golpes como esos, el cruel ciego se libraría de mí, así que quise yo librarme de él. No lo hice rápido, sino en el mejor momento para mí y para mi mayor beneficio. Y, aunque yo hubiera querido apaciguar mi corazón y perdonarle el jarrazo, no me lo permitía el maltrato al que el ciego me sometió a partir de ese momento: sin causa ni razón me hería, me daba coscorrónes y me arrancaba el pelo a tirones. Y si

alguien le preguntaba por qué me trataba tan mal, le contaba el cuento del jarro, diciendo:

—¿Creéis que este mozo mío es un niño inocente? Ni el demonio sería capaz de hacer algo similar.

Santiguándose los que lo oían, decían:

—¡Quién iba a pensar tal ruindad de un muchacho tan pequeño!

Y reían mucho la ocurrencia y le decían:

—¡Castigadlo, castigadlo, que Dios os lo recompensará!

Y él, ante aquello, no hacía otra cosa.

Por eso, yo siempre lo llevaba por los peores caminos, y adrede, para hacerle mal y daño; si había piedras, lo metía por ellas; si había lodo, por lo más hondo, pues, aunque yo no fuera por la parte más seca, disfrutaba con romperme un ojo con tal de romperle dos al que ninguno tenía. Y él, con el bastón siempre levantado, me pegaba con la punta en el cogote, el cual siempre llevaba lleno de chichones y pelado por los tirones que me daba; y, aunque yo le juraba que no lo hacía con malicia, sino porque no hallaba mejor camino, él no me creía y yo no me libraba del castigo, tal era el entendimiento y la grandísima inteligencia del traidor.

Y, para que vea vuestra merced hasta dónde llegaba el ingenio de este astuto ciego, contaré un

caso de los muchos que con él viví, con el que me parece que mostró muy bien su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su intención era venir a Toledo, porque decía que la gente era más rica, aunque no muy limosnera; recurría a este refrán: «Más da el duro que el desnudo».¹⁸ Y tomamos el camino por los mejores pueblos. En los que hallaba buena acogida y ganancia, nos deteníamos; en los que no, nos marchábamos al tercer día.

Sucedió que, al llegar a un lugar que llaman Almorox cuando cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo como limosna. Y, como los cestos suelen maltratarse por ir llenos y la uva en ese momento estaba muy madura, se le desgranaba el racimo en la mano y, si lo metía en el saco, se convertía en mosto, como todo lo que rozara. Decidió, por tanto, hacer un banquete, pero no solo por no podérselo llevar, sino también por contentarme, pues aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Nos sentamos en una cerca y dijo:

—Ahora quiero yo tener contigo un gesto de gratitud, y es que ambos nos comamos este racimo

18. Refrán popular que señala que es más fácil obtener algo de una persona avara o tacaña, aunque sea poco, que de una que no posee absolutamente nada.

de uvas y que tomes de él lo mismo que yo. Lo repartiremos de esta manera: tú picarás¹⁹ una vez y yo otra, con tal de que me prometas que no tomarás cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos y, de este modo, no habrá engaño.

Hecho el trato, comenzamos; pero, en su segundo turno, el traidor cambió de idea y comenzó a tomarlas de dos en dos porque pensaba que yo estaría haciendo lo mismo. Al ver que rompía el trato, no me contenté con ir a la par con él, sino que lo superé: me las comía de dos en dos, y de tres en tres, y como buenamente podía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano y, meneando la cabeza, dijo:

—Lázaro, me has engañado. Juro por Dios que te has comido las uvas de tres en tres.

—No ha sido así —dije yo—; pero ¿por qué sospecháis eso?

Respondió el agudísimo ciego:

—¿Sabes cómo sé que te las has comido de tres en tres? Porque, mientras yo me las comía de dos en dos, tú callabas.

19. Aquí se refiere a *picar* en el sentido de comerse las uvas de un racimo una a una.